

II PREMIO

"VIDA Y SALUD" DE RELATOS

RELATO GANADOR • CATEGORIA GENERAL

La memoria y la vida

Autor: ANTÓN RIVEIRO COELLO

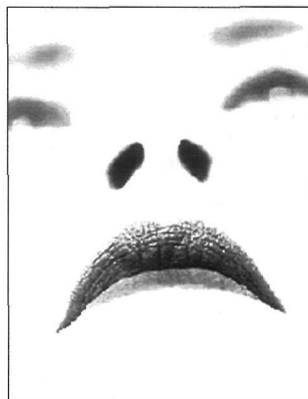


Foto original de Clicio

I

El mismo día del comunicado a Pedro lo invadió una extraña responsabilidad de pulcritud. Lo primero que dijo, mudando su terror en una pantomima inverosímil, fue que no disponía de ropa decente para morir. Sara y el doctor se sorprendieron de esta imprevisible manera de enfrentarse a la fatalidad de la noticia sin traslucir más emoción que la depositada en la urgencia de vestuario. Y lo que hizo en los días que siguieron a la trágica noticia fue atestar los ojos de escaparates en busca de la indumentaria adecuada y visitar una funeraria dejando escogido un féretro de pino, con incrustaciones de plata, recamado en telas de terso tafetán. Una vez conseguido todo, incluso unos zapatos de piel que costaron veinte mil pesetas, Pedro puso el anuncio en el periódico, guardó el millón en lo alto del armario y, para distraer a la muerte que coqueteaba con su salud, volvió a la normalidad. Pero, sin él saberlo, más que su vida lo que se estaba consumiendo con una rapidez de vértigo era su memoria.

Asaltado por una quejumbrosa añoranza, frecuentó de nuevo la estación de tren y, como ya no quedaba nadie de antes con quien charlar, se entretuvo examinando las nuevas locomotoras y espiando de reojo las maniobras de los maquinistas jóvenes.

Le divertía el barullo de la muchedumbre, el ruido metálico de los animales férreos cuando dominaban su ímpetu en las vías y se alimentaban de pasajeros. Amaba las voces femeninas que desde los altavoces se esparcían como pájaros por los andenes previniendo a los desorientados pasajeros que emergían de los túneles en equivocadas desembocaduras; el tedio y la soledad de los vagabundos que custodiaban apartamentos de cartón y proclamaban sus petitorias arrojados por la desidia y la humedad, hartos de constatar el infecundo altruismo de la gente. Cultivaba, vencido por el entusiasmo de las llegadas, la sensación de los abrazos ajenos, y consagraba las horas a profundizar en el misterio de los gestos de despedida, las sonrisas y el fervor incontinente de los reencontros que iban perdiendo intensidad con el paso de los minutos. Todavía, en su desgaste desmemo-

riador, sentía una especie de embriaguez cuando escuchaba el crepitar, seco de la lluvia en el techo de uralita. Ensimismado por esa percusión gratuita, Pedro conciliaba alguna cabezada y pasaba el tiempo dominado por la lucha interna que le impedía identificar los recuerdos. Una mañana fugaz arribó un tren. En la sucia lejanía, se apeó un hombre de catadura cimarrona, sin más equipaje que un maletín y una mirada inhumana. Pedro vio cómo se acercaba y se quedaba mirándolo frente al banco. Pedro levantó los ojos y contempló ese rostro misterioso que le tenía una familiaridad de años y que su memoria no lograba precisar. Escarbó en el pasado con anárquico afán pero lo único que cosechó fue un incremento en su duda. ¿Quién demonio era ese hombre que tenía enfrente y que lo mordía con la mirada? - ¿Eres Pedro?.

- sí.

- ¿Cómo estás?.

A pesar de que en un principio quiso achacar su amnesia a la enfermedad no le concedió demasiado crédito, y ya no lo torturaba sólo el aspecto allegado del rostro, sino también el estallido estrepitoso de su voz de latón. La fuente del recuerdo seguía tupida, pero no quiso alarmar de su ignorancia. Con simulada vacilación -no exenta de cinismo- improvisó:

- Como siempre.

- ¿Y su mujer?.

- En casa, tirando.

- Yo lo haré.

El hombre cejijunto, de mirada fulminadora, se fue y dejó un silencio que se podía tocar con las manos. Pedro, embargado en una vorágine de dudas, regresó a casa, entró en el jardín y, por primera vez en su vida, no saludó a Tobi, el pastor alemán que preservaba el chalé de extraños. Caminaba y luchaba inhumanamente contra sí mismo, intentando descifrar la difícil identidad de aquel rostro que se perdía entre el gentío de la estación. Traspasó la puerta y le pareció oír, más allá de la concha de angustia, la voz titánica de Sara que le recriminaba que era un desastre porque se había olvidado de comprar el pan,

y ella salía, exasperada, tras suministrar un portazo que dejaba una resonancia cóncava en el hall. A Pedro ya poco le importaba la ira de su mujer; el paso vertiginoso de los años había acallado las presencias y los sentimientos habían adquirido un cariz de inercia.

Pedro, a pesar de la inminencia de la enfermedad, no tenía miedo, se entregaba y anhelaba una llegada placentera, sin dolor. Esperaba con la esperanza de no esperar más, pero en seguida llegaba la siguiente espera. Lo único que lo atormentaba en los momentos de vacilación era el espectro constante del sufrimiento, de un dolor insoportable que concebía penetrante, como un severo correctivo que infiere la mano intransigente del destino, la represalia ímproba del hombre que atropelló aquella noche terrorífica, cuando la lluvia enojada percutía contra los cristales de la cabina dificultando la visión y las ramas de los árboles asaltaban las vías y forzaban presencias fantasmagóricas; cuando la niebla desdibujada por la tenue luz de los faros fomentaba la premonitoria y fuerte impresión de que en cualquier instante, un cuerpo, una luz, un ímpetu animal, cruzaría las vías ante su velocidad homicida, y así fue: Pedro cerró aquel día los ojos irreflexivamente para no presenciar el atropello, pero no escuchó golpe, ni estruendo; lo único que sintió fue espanto, frialdad y un clandestino impacto de vértigo que le embotó el pensamiento durante días. Detuvo el tren de mercancías, consciente de que con probable seguridad había destrozado a un hombre y, aunque temblaba, su temblor no era sólo por culpa del contacto directo con la muerte presentida, sino también por el frío desatado de la noche de invierno. Se apeó del tren. No muy lejos, el cuerpo estaba tirado cerca de los raíles. La luz de los faros le arrancaba a los ojos de estupor un centelleo inequívoco por la presencia súbita e inmediata de la muerte, y un mundo de silencio los distanciaba. La víctima alzó un brazo pidiendo auxilios, pero Pedro no fue capaz de avanzar hacia él, la cobardía lo detuvo, y subió a la cabina y puso el tren en marcha y un sentimiento de reproche que le truncaría horas de sueños donde, como luciérnagas, aparecerían los vívidos ojos que se habían consolidado en la densidad intacta de la noche.

II

Cuando se acostó no sólo no había prosperado nada en sus investigaciones sobre el rostro y el significado de las palabras, sino que su confusión había conquistado cotas de perplejidad, y no consiguió recordar ni tan siquiera su propia fecha de nacimiento por lo que tuvo que optar, ya muy de madrugada, a un sueño que prometía de histeria. Despertó con el emperrado pensamiento de saber quién era aquel hombre, y tuvo miedo de que no le alcanzase la vida para desvelar la identidad del rostro. Durante unos días dejó de ir a la estación. Se recluyó en casa, abandonado al abismo del recuerdo, un precipicio sin fondo del que trataba de extirpar extractos del pasado, pero del que sólo conseguía evocaciones sin cuerpo, corrompidas y adulteradas por la secreta y amnésica memoria de un ser prehistórico, y las apuntaba con su aterida caligrafía en un folio, consciente de que, de lo contrario, se esfumarían en la resaca de la siesta.

La Navidad lo sorprendió con la misma y porfiada obsesión. Sara atribuía sus estados de irritación como síntomas rotundos de senectud y cuando lo veía ligeramente recostado y embelesado hacia el fuego, sólo procuraba el encuentro de sus ojos para saber si seguía vivo, porque ella amparaba la creencia de que el perseverante silencio de Pedro tenía mucho que ver con la muerte, pero se equivocaba: Pedro pugnaba heroicamente con su memoria.

III

Una mañana, después de atravesar una noche de delirios, Pedro amaneció encharcado en sudores, se miró en el espejo con un escrúpulo de pánico y sufrió con la refracción, porque en esta ocasión descubría, con enorme incredulidad, los estragos que en su rostro había perpetrado el cáncer. La piel se le había endurecido violentamente y tenía el color del azafrán, y los ojos asomaban en las catacumbas de unas maltrechas ojeras. Fue entonces cuando sintió el primer escalofrío de la muerte y, consciente de que se le habían entorpecido los sentidos, bajó con la desalmada sensación de habitar un cuerpo ajeno y, cuando llegó a la cocina, una mujer con bata se paseaba con

una conformidad de asombro. No la reconoció hasta que ella balbuceó los buenos días. Era Sara, su mujer. Pedro calculó en un principio que ella había envejecido más en la última semana que en los últimos veinte años, pero también, durante toda la tarde, aceptó la posibilidad de que el corrosivo avance de su vejez fuese debido a que él jamás se había detenido a mirarla.

- Voy al cine con Sonia-. Se despidió Sara.

Reo de su propia nostalgia, se asomó a la ventana desde donde se veía el puerto y, de repente, mientras se distraía con el estrépito de las gaviotas suicidas que estrechaban sus picos contra el mar entre barcos desamparados, un hombre, que venía desabrochándose los botones de su abrigo, empujó el portón del jardín. Pedro esperó a que se abriese la puerta como esperó por su voz de ceremonioso latón para derrotar a lo que él consideraba un espejismo. Se le enderezó el ánimo que había dejado tiempo atrás en la estación y creyó internarse en un estado de arrebató porque el rostro pertenecía al hombre que, en el transcurso infausto de los meses, le había dejado su cerebro como un queso de Gruyere.

Pedro se levantó y recibió un abrazo, cortés y discreto, del ser misterioso. A la mirada familiar de éste, Pedro contrapuso un recelo de perro, y disfrazó su contrariedad invitándolo a sentarse en el tresillo floreado:

- ¡Hace tiempo que te esperaba!-. Pedro no pudo esconder la fiesta de su ánimo.

- He venido a hacer mi trabajo. No me lo ponga difícil.

El hombre traía reflejado en el rostro el frío glacial de la calle. Era un frío que se infiltraba en los huesos y que divulgaba la llegada inesperada de la nieve. Un viento azotaba la ventana con resonancias de flauta y derribaba el silencio insoportable que, tras las enigmáticas palabras, se había instalado entre los dos como una pared. Pedro ahora tenía la oculta serenidad de que, en cuanto adivinase quién era, sus pensamientos se corregirían y la espoleada paz de hacía tiempo se restauraría. Como aún no caía, domó la urgencia y decidió entrar con la cautela precisa en un juego de evasivas:

- ¿Qué quieres tomar?.

- ¡No tenemos tiempo! ¿Dónde está el dinero?.

El mercenario se exaltó y sacó la pistola que activó en Pedro el motor de los recuerdos porque, de repente, lo reconoció, no por sus palabras, ni por el arma, sino por la ira que desprendía la alarma de sus ojos salvajes: era el matón que había acudido al reclamo de su desesperado anuncio en el periódico donde solicitaba una muerte digna. Por un momento, la mezcla de pánico y de conmiseración hacia el mercenario le devolvió a Pedro intactos los recuerdos y engordó sus deterioradas ganas de vivir. Pero ya era tarde, muy tarde, y aquel hombre se parecía increíblemente a... ¡No, no,..., no podía ser!

Con perezosa indolencia, se subió a una silla para

alcanzar en lo alto del armario la recompensa prometida, y se volvió a sentar frente al hombre circunspeto que le debía una muerte:

-Déjame fumar un cigarro mientras cuentas el dinero.

-Dése prisa.

Pedro encendió el cigarro y fumó codiciosamente, con una pasión de siglos, y notó que el tabaco le viciaba el aliento y la existencia, y se vio, súbitamente, acosado por una hipnotizadora sensación de deleite, ajeno a la mirada de luciérnaga del mercenario y a una realidad que ya no le interesaba, despojado de cualquier temor o sospecha, atento únicamente a la borrachera de humo y de vida que se consumía con la misma avidez e inclemencia que las caladas.

